

EUGENIA ALMEIDA

DESARMADERO



*Todavía no sabemos
qué forma del abismo es nuestra forma.*

Roberto Juarroz

1

—Se hicieron los gallitos. Se largaron solos. Como si fueran dueños. Decime. Decime qué tenía que hacer. Dos pelotudos que se ponen en pedo y se les ocurre salir a chorear. Así, de la nada. Y encima van de caño. Y matan. ¿Qué querías que hiciera? Pensé que era lo mejor. No había que dejarlos correr. Se iban a prender otros. Te estaban desafiando. Yo te protegí.

Durruti enciende un cigarrillo.

—Vos me estabas protegiendo a mí.

—Decime que entendés.

—Yo no te pedí que hicieras nada.

—Ya sé. Pero pensé que había que apretarlos. Para que quede claro.

—Es que no los apretaste, Noriega. Les metiste cuatro tiros. Adentro de su casa. Y me armaste tremendo quilombo.

—Si no los castigábamos era lo mismo que decir que cada uno puede hacer lo que se le canta.

—Parece que hay más de uno que piensa eso.

—Había que hacer algo.

—Eso lo decido yo. ¿Desde cuándo decidís vos? ¿Eh?

—No estabas.

—Justamente.

—Sabés que fue con buena intención.

—Si no supiera eso habría partes tuyas por todo el barrio. Ahora explicame cómo arreglo esto.

—Ya está. Va a estar todo quieto.

—Ningún quieto. Llamaste la atención.

—Pero lo cerré. Los pibes están muertos.

—¿Y qué creés que va a hacer la cana con eso?

—No sé. Hablá con ellos.

—¿Yo los tengo que hablar? ¿Y les digo qué? ¿Que tengo a cargo un pelotudo que mata a dos tipos y los deja en una casa a tres cuadras del desarmadero?

—No, bueno, pero vos podés arreglar.

—Noriega: esto funciona mientras sea callado. Me extraña que todavía no lo sepas. Ahora está todo el mundo culo al norte por tu chiste.

—Ya se va a calmar.

—Así por magia, no.

—Esperemos un poco.

—No te das una idea lo que me revienta que hablé en plural.

—Durruti.

El hombre de camisa levanta una mano abierta y pone la palma frente a los ojos del otro.

—Dale, genio. Decime cómo arreglamos. ¿Cómo era? ¿Pusiste orden para que todos supieran que nadie tiene que meterse con lo nuestro? Decí.

—Pensé que...

—No, no, no. Ahora pensá. ¿Qué tengo que hacer con vos? ¿Qué mensaje le tengo que dar a los otros? ¿Que me puentean y yo no hago nada?

—¡Yo no te puentié!

El otro empieza a retroceder temiendo que el movimiento que Durruti hace para espantar una mosca termine en el gesto de empuñar un arma.

—Decime. Qué hago.

—Pará, hablemos.

—Yo tendría que ir a tu casa y matarte toda la cría.

Noriega calcula el espacio, el tiempo. Mide si es capaz de correr y llegar a la calle antes de que una bala lo alcance.

—Pero sabés qué. Para hacer negocios hay que aprender a contenerse. Sólo por eso me voy a aguantar. Te vas a ir. Ahora. No vas a pasar por tu casa. Te vas a ir y no te quiero ver nunca más en la vida. Nunca. Yo te aconsejo que salgás del país. Si te quedás adentro, bien lejos. Y cuidate mucho de no volver a cruzarte conmigo. Las ganas de meterte un tiro las voy a tener siempre a mano. Te vas. Ninguna señal. Ni mail, ni correo, ni teléfono, nada. Desaparecés. Los dos pelotudos que se largan a robar sin hablar con nadie. Y que van y bolelean gente. Y después vos, que me sumás dos muertos más. Me tengo que quedar frizado no sé cuánto tiempo. Que te quede claro que si no te mato ahora es sólo por eso. Por aquietar la cosa. Andate.

Durruti lo ve correr, tropezar, acomodarse en el aire y seguir corriendo.

Al fondo del desarmadero está su hermano menor, meta charla con ese pendejo que trajo de la calle. Hay un pensamiento que está a punto de tomar forma pero antes, justo antes, el mayor hace un movimiento con la cabeza y se dice *no, si tiene todas las minas que quiere*.

2

Lo vienen a buscar para decirle que los que levantan están nerviosos. Que nadie entiende lo que pasó con los chicos Funes, que andan con miedo. Viene el Laucha, con ese chusmerío de barrio, todo el mundo de punta porque nadie sabe bien qué.

—Habría que decirles algo.

—No, si hoy todo el mundo me quiere explicar cómo tengo que hacer las cosas.

El Laucha prende un cigarrillo y espera. Sabe que eso es el núcleo de su trabajo. Esperar.

Durruti arranca el último sorbo al mate y se levanta de la silla. Se asoma al patio inmenso, repleto de autos desarmados. Resopla. El Nene sigue con ese chico, sentado en la pila de ladrillos.

—Hay que quedarse en el mazo un tiempo.

El Laucha asiente mientras busca qué es lo que el otro mira en el patio.

—¿Tu sobrino sigue yendo a la canchita?

—Sí.

—Decile que la cana está caliente porque les cortaron los fondos y que salieron de fierro para descargar tensiones.

—Se va a complicar peor. Van a querer bajar alguno.

—Decís que yo digo que no. Que si alguien hace algo que yo no ordené se va a tener que ir a vivir a otra provincia.

—¿No es mejor que digamos que fuimos nosotros?

—¡Es que no fuimos nosotros, Laucha! ¡Noriega no es nosotros!

—Ya sé. Pero, digo, para meter miedo.

Durruti saca los ojos del patio y los pone sobre el hombre sentado en su oficina. Lo mira. No dice nada. Va hasta la puerta, la abre, pone a un costado su cuerpo.

Esa noche, en la canchita de tierra, siete u ocho chicos flacos fuman y toman cerveza en la oscuridad. Uno de ellos ya ha dicho que lo mejor es quedarse quietos, que nadie haga boludeces, que parece que Durruti se puso loco con lo que pasó, que la cana anda boleteando y que se va a armar quilombo. Que no llamen la atención.

Los otros oyen y cabecean en silencio. Saben que los Funes hicieron lo que no debían, saben que la cana te mata por nada, saben que Durruti es muy pesado, saben que por ahora es mejor dejar de decir ese nombre. Reparten los paquetitos. Los guardan en los bolsillos del pantalón, en la campera, en las zapatillas. Cuando pasa la medianoche cada uno se va a cubrir su zona. El sobrino del Laucha cruza el descampado.

De mañana, al llegar a la casa, la madre sentada en el living, dos paquetitos sobre la mesa, el instante inmóvil y la mujer diciendo:

—Te pegás una ducha. Está viniendo tu tío para hablar con vos.

3

—Sos un boludo a cuerda. ¿A vos te parece que tenga que perder la mañana para venir a hablar con vos? ¿Qué te dije ayer? ¿Y estás con la mierda esta?

La mano tira los paquetitos al piso.

—¿Y qué querés que haga?

—¿No te dije que buscaras trabajo en el súper?

—No me jodas. En el súper.

—¿No te das cuenta que si te agarran con esto me joden a mí?

—¡Qué tiene que ver!

—Que te agarran a vos, miran la familia y ahí se ponen a mirarme a mí.

—¿Y?

—¡Como Y!

—Trabajás con Durruti.

—Justamente.

—Y bueno. Te arregla todo con la policía.

—No es así.

—Si a él parece que le importa más la cana que los del barrio. El sopapo llega de golpe, en plena cara, le dobla el cuello.

—Nunca digás eso de nuevo.

El chico se agarra la boca, baja la cabeza. La voz viene mordida.

—Es verdad. La cana mató a los Funes y él no hizo nada.

El Laucha arrastra la silla hasta quedar pegado a su sobrino.

—Los Funes fueron flor de pelotudos en ir a robar un auto y dejar dos muertos.

—La cana también dejó dos muertos. Y Durruti no hizo nada.

—Parece que tuvieras ocho años. Si no acordás con la cana no se puede trabajar.

—Los dejaron tirados, como si fueran basura. A que se pudran.

El Laucha sabe que eso va a enojar a Durruti. Un cálculo rápido de riesgo y beneficio: hacer algo que, si sale mal, le va a costar un castigo. Pero si sale bien es un triunfo.

—No fue la cana.

El chico levanta la cabeza.

—Fue Noriega.

—¿Por qué?

—Porque es un pelotudo. Porque quiso poner orden.

—¿Por su cuenta?

—Sí. Ahora Durruti tiene cuatro muertos que acomodar. ¿Entendés?

—¿Y por qué me dijiste que los había matado la cana? Yo les dije eso a los chicos.

—Por eso. Porque sabía que lo ibas a ir a contar enseguida.

—Pero Durruti queda como un cagón.

Otro golpe en la cara.

—Por lo pelotudo se ve que saliste a tu viejo. No vuelvas a decir eso. Te vas a ir al súper ahora mismo. Vas a hablar con Cipriano y le vas a decir que querés empezar hoy. La mierda esa no la tocás más. Ni para vender ni para tomar. Y a la canchita no volvés. ¿Me entendiste?

El chico mira el suelo.

—Tu mamá no está para quilombos.

—Tuve que decirle a mi sobrino que no fue la cana. Era lo mejor que podía hacer. Vos no estás con los pibitos, no sabés cómo piensan.

—¿Y yo tengo que explicarles lo que hago?

—No te das cuenta que ahí la cosa es frágil. Que son muy boludos y están todo el día dados vuelta. Esos son los que pueden abrir el pico.

—No me puedo estar preocupando por unos pendejos.

—Por eso. Dejame a mí. Le dije que había sido Noriega. Lo va a ir a contar enseguida. Es mejor así.

—¿Que crean que alguien me puenteó y tuvo tiempo de irse?

—Nadie sabe que hablaste con él. Y no va a volver. Dejá que yo lo arreglo.

A las tres de la mañana, en la esquina de la plaza, una mujer se asoma a la ventana para ver qué es lo que ilumina la noche. De la casa de Noriega salen llamas de dos metros. El humo tapa el cielo del barrio.

Los de la canchita van a ir diciendo aquí y allá que Noriega quiso puentear a Durruti, que no digan cómo lo supieron, que no pregunten nunca nada.

Ahora todos saben que lo de los Funes fue un error. Como si cada uno pudiera hacer lo que quiere. Salir de fierro, pasarse de rosca y cuando la cosa se pone fea, bala y listo: dos muertos.

Los autos no se tocan. Eso dicen los viejos. Las viejas. Los autos no se tocan porque de eso se ocupa Durruti. Y cada vez que uno de los más jóvenes pone eso en cuestión, sopapo. Grito. Mano en alto. Insulto. Que les quede bien claro.

Bueno. Ahora el mensaje está a la vista.

Si uno cruza esa esquina ve las piedras negras y duras que hasta ayer eran la casa de Noriega. Acá nadie toma decisiones por su cuenta. Eso es lo que más cuesta hacerles entender a los pendejos. Que todo tiene una jerarquía. Y aunque crean no estar incluidos, son parte. Podés no ensuciarte nunca con esas cosas y nadie te va a decir nada. Pero no entender que el que manda con los autos es Durruti, no. Antes o después vas a hacer algo, algo que quizás parezca inocente. Y ese algo va a traer desgracia.

5

El Laucha llega cuando ya se ha enfriado el mate.

—¿Y?

—Ya avisé. Nada de venta hasta que la cosa pase.

—Bien.

—A los Otero les dejé un poco de plata para que aguanten hasta que arranquemos de nuevo.

Se queda mirando por la ventana. El Nene acomoda unas chapas en el galpón que está al fondo.

—¿Algo más?

—Fui a ver a los Acosta también. Aunque estén fuera nunca está de más asegurarse.

—No, los Acosta no me preocupan.

—Ya sé. Pero como andan solos pensé que era mejor avisarles.

—¿Qué están haciendo?

—Casas vacías.

—¿Sigue con el berretín de las cerraduras el viejo?

—Sigue.

El Laucha saca de un bolso tabaco y papel de armar. Despeja un rincón de la mesa.

—Dale.

—Qué.

—Decimelo. Que estás ahí meta dar vuelta.

Hay una media sonrisa.

—Fui a hablar con el Buche.

—¿Y?

—No sé. Me puso nervioso. Me preguntó cuánto le pasabas a Lanbro para que te dé tamaña cobertura.

—Ese tiene un pico...

—Por eso le pagamos.

—¿Qué le dijiste?

—Nada. Qué sé yo.

—¿Sabés que es raro que Lanbro esté quieto? Está muy al filo. No se puede quedar en el mazo con cuatro muertos.

—Si llegó a jefe de policía boludo no es.

—Pero algo tiene que hacer.

Por la calle pasa un rastrojero con su ronquido viejo.

—Yo también me quedé pensando. ¿Cuánto le pagás?

Durruti se da vuelta y mira al Laucha como si no supiera que estaba ahí.

Hay un rato largo de silencio, cortado por el ruido de chapas que llega desde afuera.